

## Ver lo que está cerca de nuestras puertas



Henri Nouwen sugirió una vez que si quieres entender la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, puedes leer cien libros de historia y ver mil horas de documentales en vídeo, o puedes leer el Diario de Ana Frank. En esa memoria única de la joven encarcelada y posteriormente ejecutada por los nazis, verás, de primera mano, la tragedia de la guerra y lo que la guerra hace al alma humana.

Lo mismo podría decirse de la crisis de los refugiados que se está produciendo ahora en las fronteras de todo el mundo. Según las estadísticas de las Naciones Unidas, hay hoy en día más de ochenta millones de refugiados, desplazados, sin hogar, sin nación, asustados y a menudo hambrientos en las fronteras de todo el mundo. Dos tercios de ellos son mujeres y niños, y la gran mayoría no están allí por elección, buscando una mejor oportunidad económica en otro país. La gran mayoría de ellos han sido expulsados de sus hogares y de sus países por la guerra, la violencia, el hambre, la limpieza étnica y religiosa, y por el miedo a perder sus vidas.

Para muchos de nosotros, se trata de un problema abstracto y sin rostro. Sentimos una simpatía genérica por su situación, pero no lo suficientemente profunda como para quitarnos el sueño, inquietar nuestra conciencia o hacer que estemos dispuestos a sacrificar parte de nuestra propia comodidad y seguridad para hacer algo por ellos o presionar a nuestros gobiernos para que actúen. De hecho, con demasiada frecuencia somos excesivamente protectores de nuestras fronteras y de la vida acomodada y

cómoda que llevamos dentro de nuestras sociedades. ¡Este es nuestro país! ¡Nuestro hogar! Hemos trabajado duro para conseguir lo que tenemos. ¡Es injusto para nosotros tener que lidiar con esta gente! Deberían volver a sus países y dejarnos en paz.

Necesitamos una llamada de atención. Un libro reciente, una novela, de Jeanine Cummins, “American Dirt”, nos ofrece un relato ficticio de una joven mexicana que, debido a la violencia y al miedo a la muerte, tuvo que dejar atrás su vida y huir con su hijo pequeño en un intento de llegar a las fronteras de Estados Unidos como inmigrante indocumentada. A decir verdad, el libro ha sido muy criticado por muchos porque no siempre se ajusta a los hechos exactos. A la inversa, también ha sido muy alabado por muchos otros. Sea como fuere, la conclusión es que se trata de una historia impactante y una llamada de atención, que pretende despertarnos a la tragedia real de quienes, por razones de pobreza, violencia, hambruna, miedo y desesperanza, se ven obligados a huir de sus países en busca de una vida mejor (¡o de cualquier vida!) en otro lugar. Independientemente de las imperfecciones del libro, ayuda a romper la abstracción en la que podemos apoyarnos para protegernos frente del tema de los refugiados hoy en día.

Hay que reconocer que la cuestión no es sencilla. La protección de nuestras fronteras y la entrada libre de millones de personas en nuestros países son cuestiones extremadamente complejas. Sin embargo, como hombres y mujeres que comparten una humanidad y un planeta común con estos refugiados, ¿podemos seguir siendo insensibles a su situación? Además, como cristianos, ¿aceptamos ese principio fundamental y no negociable dentro de la doctrina social cristiana que dice que el mundo pertenece a todos por igual y no podemos sostener ninguna creencia nacionalista que diga, explícita o implícitamente, que nuestro país es nuestro y no tenemos obligación de compartirlo con los demás? Defender esto es anticristiano y va en contra de las claras enseñanzas de Jesús.

Creo que todos podríamos contemplar cierta parábola de Jesús (Lucas 16, 19-31) en la que cuenta la historia de un hombre rico que ignoró a un hombre pobre sentado en su puerta y se negó a compartir su comida con él. El pobre muere y se encuentra en el seno de Abraham. El rico también muere y se encuentra atormentado por la sed en el Hades. Le ruega a Abraham que envíe al pobre, al que había ignorado durante su vida, para que le traiga agua para saciar su sed, pero resulta que esto no es posible. Jesús nos dice que hay una "brecha insalvable" entre ambos. Siempre hemos asumido de forma simplista que esta brecha insalvable es la brecha entre el cielo y el infierno, pero ese no es exactamente el punto de la parábola. La brecha insalvable es la brecha que ya existe ahora entre los ricos y los pobres, y la lección es que es mejor que intentemos salvar esa brecha ahora, en esta vida.

Fíjate en que Jesús no dice que el rico sea un mal hombre, o que no se haya ganado sus riquezas honestamente, o que no sea un ciudadano honrado, o que no vaya a la iglesia, o que sea infiel a su mujer, o que sea un mal padre para sus hijos. Sólo dice que tenía un defecto, uno mortal: dentro de su riqueza no respondió a un hombre hambriento sentado en los límites de la casa.

Ron Rolheriser

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/ver-lo-que-esta-cerca-de-nuestras-puertas](http://www.ciudadredonda.org/articulo/ver-lo-que-esta-cerca-de-nuestras-puertas)